

BOLETIN DE LA UNION DE MADRID 1904

Rosa y Azul

Contiene

Además de las secciones fijas y el Concurso de bellezas infantiles, la leyenda de la batalla de Clavijo y una reproducción á plana entera del famoso cuadro de Casado del Alisal, representando esta batalla. También se anuncia en este número un interesantísimo Concurso literario.

Todo por 15 CÉNTIMOS

Léase la segunda plana de la cubierta.

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre, Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.— Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa ..	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

A NUESTROS LECTORES

En vista de las reiteradas peticiones que se nos dirigen de Madrid y provincias para que demos tarjetas postales en sustitución del mapa, porque ven algunos niños dificultad para coleccionar los 52 cupones, y atentos siempre á satisfacer las demandas justas, desde este número canjearemos los cupones que se nos presenten con numeración correlativa; por cada 13 cupones entregaremos 50 tarjetas para **PASATIEMPOS, CONCURSOS**, etc.

MODO DE EFECTUAR EL CANJE

Los de Madrid pasarán por estas oficinas de seis á nueve de la noche, y una vez examinados los cupones se les entregarán las 50 tarjetas; los de provincias deben acompañar á los cupones las señas de su domicilio, escritas con claridad, y cincuenta céntimos en sellos para hacerles la remesa.

Aquellos que tengan interés en recibir el mapa, pueden suscribirse por un año, y además del mapa, que se les remitirá en seguida, se les entregarán 50 postales.

Al importe de la suscripción deben acompañar los cupones y setenta y cinco céntimos para certificado del mapa y envío de las tarjetas.

ADVERTENCIA.—Esta concesión extraordinaria para los suscriptores sólo la hacemos durante los meses de Julio y Agosto.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, 33 MADRID

NUESTRO CONCURSO



RICARDITO FRAX (doce meses.)

Habitante en la calle de la Princesa, 33, tercero.—Madrid.

(Cuarta de las fotografías admitidas.)

LA LIMOSNA

ANGELITITA tenía ocho años; era bonita como un ángel. Sus padres, pobres jornaleros, vivían miserablemente en una bohardilla. Angelita ayudaba á su madre en las faenas de la casa,



y tan bien cumplía este deber, que aquélla no tuvo inconveniente en entrar á trabajar en una fábrica y dejar la casita sola.

Todos los días, á las siete de la mañana, salían de su hogar el padre y la madre, dejando los cuidados de la casa á Angelita.

¡Si hubiéseis visto, lectorcitos míos, á la niña con la escoba en la mano, estoy seguro de que os la hubiérais comido á besos!

Angelita barría la casa, encendía la lumbré, cuidaba de la comida, y aún la sobraba tiempo para hacer trajecitos á sus muñecas.

Tan bien desempeñaba las obligaciones de su casa, que las vecinas todas la llamaban *la mujercita*. No creáis que la niña se marchaba á jugar con otras muchachas, no; siempre estaba ocupada, y era tan

buena, que se abstenía de todo, comprendiendo que mientras sus padres trabajaban fuera de su casita, ella debía de cuidar de que el puchero estuviese á punto para cuando aquéllos salieran de su trabajo. Y no hubo día en que la comida faltase á su hora.

La niña, por su mucho trabajo, no podía ir á la escuela; pero esto no era obstáculo para Angelita, que, sabiendo ya deletrear, no se olvidaba de proseguir su educación, leyendo cuantos libros y periódicos caían en sus manos.

También tenía una muestra de escritura que copiaba todos los días. De manera que, á pesar de su trabajo, la niña se iba instruyendo á medida que los quehaceres se lo permitían. Y no creáis que, aunque se afanaba tanto Angelita, estaba triste; todo el día se lo pasaba cantando, alegre, esperando á sus papás.

Un día de invierno, en que el sol apenas si conseguía hacer clarear las paredes, estaba Angelita arreglando su casa; ya iba á sentarse á dar su lección de lectura, cuando sintió que llamaban á la puerta de la bohardilla.

Abrió la niña, y ¡qué cuadro tan horrible se presentó ante sus ojos!

Dos guardias traían en brazos á su padre que parecía muerto; una gran mancha de sangre enrojecía su blusa manchada de cal. Uno de los guardias dijo al entrar:

—Niña, ¿dónde acostamos á tu padre?

—Pero ¿qué le ha sucedido?—preguntó Angelita.

—Pues que estaba trabajando en lo alto del andamio cuando le dió un mareo, y cayó al suelo, rompiéndose, al parecer, una costilla. Pero no te asustes.

La niña comenzó á llorar, mientras los guardias acostaban al herido en el lecho. Después se retiraron advirtiéndole á Angelita que no tardaría mucho en venir un médico.

La pobre niña avisó á algunas vecinas para que le ayudasen, en tanto que ella iba á dar noticia de lo sucedido á su pobre madre que estaría trabajando en la fábrica.

Las vecinas, que eran buenas gentes, se quedaron asistiendo al herido.

Angelita corrió en busca de su madre. Imposible describir la escena que se desarrolló en la bohardilla cuando la pobre mujer entró en ella.

En esto vino el médico, y después de reconocer y curar al magullado albañil, dijo:

—La herida es grave, pero no mortal. Volverá á ponerse sano y fuerte; mas ha de tardar mucho tiempo en curarse.

La madre tuvo que abandonar la fábrica para cuidar al herido. Esta huelga forzosa dió por resultado la miseria y el hambre.

Y llegó un día en que no hubo pan para comer, y en que el herido, agravado por la necesidad, vió peligrar su vida.

Angelita lloraba; lloraba lamentándose de su poca edad, que no la consentía trabajar para mantener con el producto de su tarea las obligaciones de su casa.

Cuando la pobre niña miraba á su padre casi desmayado sobre el lecho, sufría lo indecible, y pensaba:

—Dios mío, ¿por qué no seré yo ya una mujer?

Una noche de invierno se agravó tanto el padre, que todos temieron su muerte. La niña comprendió que de no traer algún recurso á su casa su padre dejaría de existir; y pensó cómo podría ganar algún dinero para aliviar la situación en que se hallaban.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, salió la niña de su casa. Iba por las calles llorando silenciosamente, pero decidida á llevar á la práctica su proyecto.

Angelita vió una casa sobre cuyo portal había este rótulo: «Fábrica de cajas de cartón». Entró en el portal, y acercándose á un señor que en él estaba, le dijo:

—Señor, ¿me pueden ustedes dar trabajo? Tengo necesidad de trabajar.

—¿Y en qué vas á ocuparte, arrapiezo?

—En lo que usted me mande.

—No sirves para aquí, muchacha— concluyó el hombre con acento desabrido, y la volvió la espalda.

Angelita marchó de allí llorando, pero no desistió por eso de buscar trabajo.

Se acercaba á todas partes ofreciendo sus servicios; pero de todas partes la arrojaban porque era muy pequeña.

Llegó la noche. La niña no había comido, pero olvidaba su hambre recordando la miseria de sus padres.

—¡Dios mío!— decía.—¿Qué haré yo para llevar á casa dinero?

Entonces, por un arranque de generosa abnegación, pensó en pedir limosna.

Dispuesta á hacerlo, rezó una Salve

demandando ayuda á la Santísima Virgen, y tendiendo su mano se acercó á los transeuntes, murmurando:

—Una limosnita, por el amor de Dios, para mis pobres padres.

Las gentes pensaban que era mentira, y no la hacían caso. La niña no desmayaba. Ya pasaría alguna buena alma que se compadeciera de ella. Una señora anciana la dió cinco céntimos. La niña murmuró «¡gracias!», y prosiguió alargando su mano y diciendo siempre:

—¡Una limosna!...

Entonces, un señor anciano se acercó á ella y la dijo:



—Pequeña, ¿por qué pides limosna?

—¡Ay, señor!—respondió la niña—. Tengo á mi padre enfermo de una caída desde un andamio y mi pobre madre no puede trabajar por tener que cuidarle. Yo salí hoy de casa y pedí en muchas partes trabajo, pero en todas me rechazaban por pequeñita. Entonces pensé en rogar á las buenas gentes que me diesen para dar de comer á mis papás.

El anciano sacó un duro del bolsillo, y besando á Angelita, la dijo:

—Toma, lleva esto á tu casa y no temas, pues Dios ayuda á las buenas hijas.

Angelita corrió á su casa alegre como unas castañuelas. Llevaba el auxilio necesario para sus padres. Cuando entró en ella, su madre decía llorando:

—Pero ¿qué le habrá pasado á mi hija?

—Mamá—dijo ésta—, ya estoy aquí.

—¿Dónde has estado, Angelita?—la preguntó su madre.

—Fuí á pedir trabajo, mamá, pero no lo encontré. Entonces me puse á pedir limosna. Tome usted y compre algún alimento para mi padre.

Y la buena mujer, abrazando á su hija, exclamó:

—¡Dios te bendiga!

En aquel momento se abrió la puerta, entrando en la bohardilla un sacerdote.

—Buena mujer—dijo el señor cura—. Desde hoy corren á cargo de la Congregación de San Vicente de Paúl los gastos que la enfermedad de su esposo requiera. No tema usted á la miseria, pues nosotros nos encargamos de proveer á sus necesidades. Y tú, niña angelical, recibe la bendición de Dios, porque supiste cumplir el divino mandamiento, que dice: «Honrarás á tus padres.»

MAXIMILIANO M. MONJE.

F E

Todo, Señor, publica tu existencia;
todo tu gloria canta;
y si todo enmudece, la conciencia
tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre, en quien despiertas,
ya esperanzas, ya angustias;
su olor te dan las rosas entreabiertas
y las violetas mustias.

Tu alabanza pregona con su arrullo
la tórtola en la olmeda,
y una oración te eleva en su murmullo
la trémula arboleda.

Nadie, Señor, tu enojo desafía
ni tu ira desconoce;
y, al quererte burlar, la hipocresía
tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
se somete á tu yugo;
y aspiran á ponerte de su parte,
ya el mártir, ya el verdugo

A ti claman, Señor, la plebe opresa
y el déspota vencido.
Tu auxilio imploran el león sin presa
y el ruiseñor sin nido.

Todos á tu poder se supeditan,
y, besando tu huella,
todos, Señor, tu amparo solicitan
con razón ó sin ella.

Y si, airado, nos vuelves el semblante
con ceño furibundo,
trepida como seno palpitante
la redondez del mundo.

¡Sólo el sabio á dudar de ti se atreve!
¡El, con saña ferina,
ciego escupe á la fuente donde bebe
y al sol que le ilumina!

No estudia el libro que á Moisés pasmado
tu almo labio dictaba,
ni el otro donde Newton admirado
tu nombre descifraba.

Haciendo escarnio de la fe sencilla,
no sabe—¡oh vil recelo!—
ni doblar en la tierra la rodilla,
ni alzar la frente al cielo.

Si halla claras tus huellas inmortales,
blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡y aún duda de la abeja!

FEDERICO BALART.

CONCURSO DE CUENTOS

A instancias de nuestros lectores abrimos un concurso de cuentos sobre las siguientes bases:

- 1.^a Los cuentos deben ser escritos en prosa y no exceder de 5.500 letras.
- 2.^a Los asuntos se dejan á libre elección de los autores, y pueden ser serios ó humorísticos, siempre que no afecten á la moral ni traten cuestiones políticas.
- 3.^a Los originales deben remitirse en sobre cerrado, al que acompañará la cubierta de un número de ROSA Y AZUL.
- 4.^a Los cuentos se firmarán con un lema; y dentro de otro sobre cerrado, lacrado con el mismo lema, se acompañarán el nombre y domicilio del concursante.
- 5.^a Un jurado competente examinará los

cuentos por el orden en que se reciban, y por este mismo orden se insertarán en ROSA Y AZUL los que califique de admisibles.

6.^a En el número en que se publique el último cuento admitido, insertaremos un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, otorguen el premio al cuento que les haya parecido mejor.

7.^a Una vez verificado el escrutinio, se hará público el nombre del autor premiado y se le entregarán 50 pesetas en metálico, que constituyen el premio.

8.^a Los autores de cuentos no premiados podrán guardar el incógnito si así lo desean, puesto que los cuentos se publicarán bajo el lema con que hayan sido suscritos.

9.^a El concurso quedará abierto desde 1.^o de Agosto, y terminará el plazo de admisión el 31 de Diciembre, á las nueve de la noche.

PINTURA MODERNISTA



Un pie dormido (apunte del natural por Benigno).

LA ÚLTIMA MODA



—Lleve usted este sombrero de fieltro con el ala levantada. Es la *derniere nouveauté*.

—Déjeme de fieltro. Para mí, en el verano, no hay nada como la paja. ¡Oh la paja!

LA BATALLA DE CLAVIJO

NINGÚN vestigio queda de ella en Clavijo, lugar situado á dos leguas de Logroño. Tampoco hay noticia en las crónicas contemporáneas de la batalla. Sólo cuatro siglos después la describe así el arzobispo D. Rodrigo:

«El rey Ramiro II (930-950) negó á Abdel-Rahman el tributo de las cien doncellas, que aceptara Mauregato y que estaba en costumbre; cuya denegación causó una guerra entre ambos reyes. Juntó Ramiro en León los magnates de su reino y los arzobispos, obispos, abades, etc., y con su asistencia emprendió desde luego la guerra contra el infiel, comenzando sus operaciones militares hacia Nájera y Albelda. Allí se hallaba con todo su ejército, cuando se vió atacado por una hueste innumerable de árabes, procedentes de toda España, de Marruecos y demás provincias de Africa. Desastrada fué la batalla para los cristianos, quienes se retiraron atropelladamente y no pararon hasta cierta distancia, en Clavijo. En este sitio el rey, oprimido por su quebranto, se aletargó, y vió en sueños al apóstol Santiago, quien le mandó, en nombre de Jesucristo, que á la madrugada bajase al campo raso, y le estrechó la mano en prenda de la victoria, ofreciéndole que él mismo, vestido con una túnica, montado en un caballo blanco y con un pendón blanco también, en la mano, pelearía al frente del ejército y á vista de todos.

Asombrado quedó Ramiro con visión tan extraordinaria. La comunicó al amanecer á los obispos y grandes de su corte; lo supo el ejército, y gozosísimo con la venturosa nueva, se escuadrónó después de haber comulgado; invocaron de nuevo á Santiago, y con el auxilio patente del santo, trabaron la pelea con tal denuedo, que dejaron de sesenta á setenta mil infieles muertos en el sitio, fuera de los que perecieron en la fuga hasta el pueblo de Calahorra. Premio fueron

de esta victoria Albelda, Calahorra y Clavijo. Y en la segunda de estas ciudades fué donde, por agradecimiento y en memoria de jornada tan esclarecida, la nación española hizo voto solemne de tributar anualmente y por siempre á la iglesia de Santiago la primicia de los frutos de la tierra, y hacer participe al santo patrón de España de cuantas preces le cupiesen de las expediciones que en lo sucesivo se verificaran contra los moros.

Este es el origen del *voto de Santiago*, que pasado mañana ofrecerá el rey D. Alfonso XIII, y el de las famosas palabras *Santiago y á ellos* con que los españoles se danzaban á la pelea contra los moros».

Como recuerdo imperecedero de este hecho, existe en la iglesia de San Francisco el Grande un magnífico lienzo, debido al pincel del Sr. Casado del Alisal, que pueden ver nuestros lectores en la página siguiente. En él se representa al apóstol Santiago montado en su blanco caballo, tal como le describe la leyenda, peleando contra los enemigos de la Cruz.



La casa Hernando acaba de editar una obra titulada *Taquigrafía para Escuelas*, escrita por el conocido taquígrafo D. Ricardo Taboada y Steger y por el no menos conocido licenciado en Filosofía y Letras y profesor de Taquigrafía D. Antonio Taboada y del Ojo.

Dicha obra honra á sus autores, y es muy recomendable para la enseñanza.



Agradeceremos á nuestros lectores de provincias que no encuentren ROSA Y AZUL en los puestos, se dirijan á esta Administración.



Ha entrado á formar parte de la Redacción, para ayudarnos en la tarea artística, don Francisco Ramírez.

LA BATALLA DE CLAVIJO



Cuadro de Casado del Alisal.

(Fotografía de Laurent.)

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

(Conclusión.)

Por mi parte os castigo con una hora más de clase, para que el castigo sea general, como general ha sido la falta; después espero que todo aquel que quiera ganarse mi aprecio procurará con su cariño y obras desagrarivar al niño recién llegado á quien habéis ofendido en la persona de su abuelo.

Ya os figuraréis qué impresión nos causaría la sentencia del Maestro privándonos una hora de estar dedicados á nuestros juegos; la expresión de burla que pocos momentos antes brillara en todos los rostros, se trocó en pesar y arrepentimiento; sólo á un niño no le causó disgusto alguno, y éste fué Ildelfonso, quien no había cesado de repetir las equivocaciones en que el pobre sordo había incurrido. En las horas que aún duró la clase no cesó de mover la risa de los compañeros, y cuando podía excusar la vigilancia del Maestro procuraba colocarse junto al niño recién llegado, repitiendo entonces con más perversa intención cuanto había oído, hasta conseguir que se le brotasen las lágrimas.

Terminadas las horas de clase y la de castigo, salimos á la calle con la bulla natural, corriendo y saltando para desentumecer nuestros miembros que habían estado en inercia una hora más que de ordinario.

Pasaba por allí al mismo tiempo un ciego, que por lazarillo llevaba un bonito perro de aguas; nos acercamos á él, más que por apreciar su desgracia, por admirar el perro. Aquel infeliz, sin duda porque sentía constante molestia en sus ojos, cuyas pupilas estaban cubiertas por un espeso paño blanco, no cesaba de parpadear y hacer muecas muy raras, reveladoras de un gran malestar, que á todos nos llenó de compasión.

Acercóse á nosotros Ildelfonso y se quedó

fijo durante unos momentos en el ciego; pero en vez de compadecerlo se separó de nosotros, imitando sus gestos y burlándose de ellos.

A corta distancia de nosotros marchaban unas caballerías de reata, y el atolondrado chico, entusiasmado con imitar y burlar al ciego, no se dió cuenta de la dirección que llevaba, y tropezó con las patas de la última que, al sentirse empujada, sacudió una cox, dándole al chico por bajo de la rodilla izquierda y tirándolo al suelo. Al grito de dolor que dió nos fijamos todos y acudimos á él.

Yacía en el suelo, perdido el conocimiento. El conductor de las caballerías también acudió y trató de incorporar á Ildelfonso, que principiaba á volver en sí; pero los dolores que sentía eran tan agudos, que no le permitían atender á nada, y seguramente debía ser de gravedad lo que le había ocurrido, porque no podía sostenerse de pie; uno de los vecinos de las casas inmediatas que había presenciado todo facilitó una silla, en la cual fué colocado el niño y trasportado en ella á la casa del que la había brindado.

Salimos unos á dar la noticia á los padres de Ildelfonso y otros á buscar un médico; llegaron los primeros con una ansiedad indescriptible; la madre, desecha en llanto, no cesaba de prodigarle caricias, creyendo que de este modo mitigaría los dolores que sufría, y el padre, por su parte, enterado de que todo era el resultado de una travesura del chico, le reprendió, aunque con dulzura, haciéndole ver que su carácter era la causa de su estado.

El médico pudo apreciar la fractura de la pierna por donde había recibido la cox, procediendo á colocar el hueso roto de manera que uniese bien, en cuya operación sufrió el infeliz dolores atroces.

Terminado, fué conducido en la misma silla á su casa y colocado en el lecho, dond

se pasó bastantes días entre grandes dolores y sin poder cambiar de postura.

¿No se nota en esto la mano de la Divina Providencia, castigando las faltas cometidas por Ildefonso, burlándose primero del sordo y después del ciego? Sí, amiguitos.

¿Y creéis que esta lección lo corrigió? No, señores; continuó igual que antes en su más linda costumbre.



Trascurrieron algunos meses. Ildefonso asistía ya á la escuela después de bien curado, gracias á Dios y á la habilidad del médico; ya no nos acordábamos ninguno de aquel desgraciado incidente.

Un día repasábamos con el compañero más adelantado de la clase la lección de lectura antes de leerla á presencia del Maestro. Tocábale el punto á Ildefonso, y rompió á leer de este modo:

—Fá... fá... fábula di... dí... diez. Un co... co... co... cojo y un pi... pi... pica... pica... picarán.

A un bu... bu... buen co... co... cojo un des... des... descortés in... in... insult... tó atre... atre... vi... vi... da... da... men... men... te.

Desde el principio nos miramos unos á otros sin saber á qué achacar aquella tartamudez de Ildefonso que leía regular, y comprendiendo que era alguna travesura de él nos echamos á reír; el niño que hacía de instructor en la sección le pidió que explicase por qué leía de aquel modo.

—Cállate, chico; es la cosa más graciosa que os podéis

figurar—contestó Ildefonso—. Esta mañana estaba yo estudiando mis lecciones cuando llamaron á mi puerta: abrí y se me presentó un hombre cuyo tipo era el de un trabajador del campo.

—¿Es... tá D. Hi... Hila... Hila... rio?—me preguntó.

—Sí, señor—le contesté.

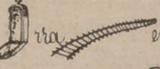
—Tra... tra... igo u... una car... car... ta pa... pa... para él.

Yo, al principio, creí al nombrar á mi padre que vacilaba porque no sabía su nombre; pero después conocí que se trataba de un tartamudo y estuvo en un tris que no me riese á su presencia, porque la cosa lo merecía.

GARTAS ILUSTRADAS

Madrid

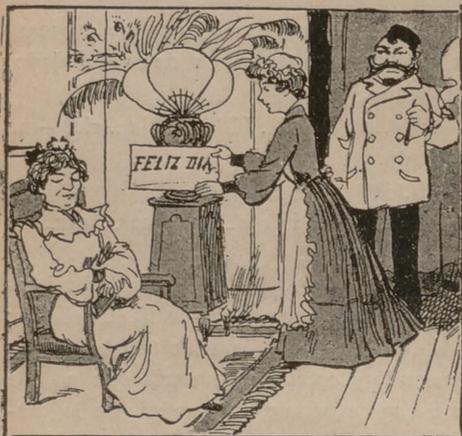


Estimado amigo Mon , solo  para decirte, qui hace 8 dias, lleque de  en  y me encuentre con tu  en la que me pedias una  de  de , pero no fue porque no me indic  el dinero que querias gastarte,  es que espero tu  en la que me lo digas.

Nuestro amigo Del se ha rato una  al can del  de  de  alis, ya pues te figurarte como estara su familia. No te escribo mi  porque estoy muy  sabo y me voy a la , sabes te aprecia tu am. 

Ildefonso Maulon

EL SANTO DE LA ABUELA



—¿Qué pones ahí, Rosalía?
 —Una tarjeta, papá,
 felicitando á mamá
 en su día.

—Deme la carta — le dije, y se la entregaré. .

—A... a... agua... agua... aguardo con... con... contes... ta... ta... ción.

Pasé á la habitación en que mi padre se hallaba y le entregué la carta, al mismo tiempo que solté una carcajada porque ya no podía más. Mi padre abrió la carta, que leyó con bastante atención, y después me dijo:

—Di al que la haya traído que pase.

Salí mordiéndome los labios y le dije que pasara, conduciéndole á presencia de mi padre.

—Márchate y cierra — me ordenó, y así lo hice, pero con la intención de quedarme tras de la puerta escuchando al recién llegado y reirme un rato con lo que dijese, porque aquello prometía ser muy divertido.

Efectivamente; no podéis figuraros cuánto he disfrutado oyéndole en su lenguaje dar rodeos y tropezones: la entrevista ha durado unos quince minutos, y aunque mi padre le ahorra explicaciones, cada vez que hablaba tenía mucha gracia.

Con seguridad que si mi padre supiese que

yo estuve escuchando, tendría sermón ó algo más, pues ya sabéis lo raro que es.

En esto fuimos interrumpidos por el Maestro, que nos llamó á leer á su presencia, y lo hicimos por cierto bastante mal, consecuencia de haber estado escuchando á aquel travieso en vez de repasar.

Al poco tiempo de lo referido se emprendió una obra de albañilería en casa de Ildelfonso; estaban los trabajos á la altura del entresuelo, y como es consiguiente los operarios tenían hecho un andamio. Era la hora en que los albañiles habían dejado el trabajo para tomar la merienda; el chico, sin que nadie llegase á verlo, subió al andamio, y fuera porque le diera algún vahído, fuera por que colocase algún pie mal, perdió el equilibrio y cayó de cabeza al suelo, quedando sin sentido.

Al ruido producido al caer acudieron los albañiles y hallaron al niño que se había producido una gran herida en la cabeza, de la cual manaba abundante sangre; dieron aviso á sus padres, que acudieron presurosos

EL SANTO DE LA ABUELA



—Pinta bien la cara, Augusto.
 —Trae pantalón y chaqueta.
 —Llevará abuela Enriqueta
 el gran susto.

al lugar donde el niño estaba; de seguida fué llamado un médico y llevado el niño á su cama; mientras el médico llegaba, la madre de Ildefonso con afán solícito trataba de atajar la sangre que manaba de la herida; cuando el doctor llegó, le reconoció y lavó cuidadosamente, practicando lo necesario para la unión de los tejidos; entre tanto, Ildefonso continuaba sin sentido. Recetó el doctor, é inmediatamente fué traída la medicina de la farmacia más próxima; se le dió al paciente y se aguardaron los resultados, que no tardaron nada.

El niño lanzó un suspiro y á poco abrió los ojos mirando extraviadamente á todas partes.

—Agua—exclamó, y volvió á caer de nuevo en el sopor anterior.

Gran silencio reinaba en la alcoba, interrumpido sólo por la respiración anhelosa del enfermo y los mal comprimidos sollozos de su madre.

El médico hizo un ligero movimiento de cabeza y un gesto de desagrado. Pasados algunos instantes la madre ya no pudo contenerse más y preguntó:

—¿Qué opina usted, doctor?

—Por el momento nada puedo contestar á usted: hay una gran conmoción al cerebro, y el enfermo lo que necesita ahora es mucho reposo; atenerse al tratamiento que dispondré, y después veremos.

—Pero ¿es mortal el golpe?

—No, señora; aunque son graves los síntomas que presenta, no hay peligro.

Salieron todos de la alcoba; el doctor explicó el plan que debía observarse con el enfermo, recomendando que nadie le hablase y un silencio absoluto en la casa, despidiéndose hasta el anochecer.

Pasaremos por alto el curso de la herida hasta su cicatrización, que duró bastantes días. Nada diremos de lo desfigurado que quedó el niño con la cicatriz; porque aún le aguardaban nuevos sufrimientos.

EL SANTO DE LA ABUELA



Y al despertar la abuelita,
poseída de terror
ve que, en lugar del tabor,
un mónstruo le felicita.

Bien fuera por la fuerte conmoción cerebral producida por aquel terrible golpe, bien por otra causa que se complicara y que pasó inadvertida, resultó que le sobrevino una parálisis á la lengua, de tal índole, que le inutilizó para hablar mientras vivió.

Sus cariñosos padres no escasearon gastos de ninguna clase en consultar eminencias médicas, no sólo nacionales, sino del extranjero; todo inútil. Ildefonso vivió condenado á no poder emitir más que unos sonidos guturales que nadie entendía, viéndose obligado á comunicarse con los demás por escrito. Y gracias á que antes de su infortunio había aprendido á hacerlo.

Figuraos lo que sufriría cuando tenía que comunicar con alguna persona de las que no saben leer.

En los ojos de sus desdichados padres no se secaban las lágrimas, sufriendo al par que su hijo.

Un día, al cabo de los dos años, Dios se apiadó de él, y así puede decirse, porque lo

llamó á descansar, y descansaron sus afligidos padres.

Aquel día tardó algo más que de costumbre en dejar el lecho y salir de la habitación.

Su cariñosa madre fué á ver en qué consistía su tardanza, y lo halló con los ojos abiertos y extraviados, al mismo tiempo un ronquido sordo salía de su pecho al compás de su difícil respiración; la buena señora toda azorada llamó al padre del niño, quien presuroso salió por un médico; cuando éste llegó ya era tarde: un estremecimiento en todo su cuerpo fué la señal de que había dejado de existir; un derrame seroso le había quitado la vida.»



Este es, amiguitos, el cuento ó historia que mi papá nos ha referido y que lo titula como os he dicho; nosotros lo conservamos en la memoria, y siempre que vemos á un desgraciado nos acordamos del infeliz Ildefonso, y si no podemos consolarle ó aliviarle en su pena le miramos con compasión y respeto, porque en ella vemos la mano de la Providencia.

JOSEFA CUESTA.

LISTA DE SUSCRITORES

(Continuación.)

María Luisa Buendía.—Tomás Fernández.—Carlos de Souza.—José María Lletget.—Hernando Piñana.—José Vidal.—Marcial Carballido.—María Sancha.—Santiago Ibarra.—María de la Concepción Santos Fernández.—César Zabal.—Ángel María Risco.—Teresa Virgel.—Rufina Fernández.—Antonio Martínez Díaz.—Julio Morcillo González.—Mariano Andera.—Rosario Andera.—Ovidio Ros García. R. P. Prior del Asilo de San Juan de Dios para niños huérfanos, de La Línea.—Victor Manuel Jiménez Causte.—José María Martín.

(Se continuará.)



Celedonio Rodríguez.—Olmedo.—En el número 26. Puede renovarla hacia el 15 de Agosto.

B. Pérez y Cia.—Madrid.—Se publicará.

Nicolás Revuelto.—Idem.—Idem.

J. Sáiz Piquero.—Idem.—Le publicaré. Cuando en-
vye otra cosa procure condensar más.

Eladio Cepillo.—Idem.—Si me garantiza usted la autenticidad de ese cuento, le publicaré ilustrado, porque me gusta.

P. A. M.—Ronda.—Procure extractar todo lo posible á fin de que no haga más de cuatro cuartillas, ó menos, porque las publicaré con retrato. Alternando con los hombres de letras, los de ciencias, de armas, etcétera. Y remítalo como original de imprenta.

J. Mérida.—Madrid.—¿Qué quiere usted que yo haga con los que experimentan satisfacción publicando cosas de otros. Venga usted por la Redacción y hablaremos de esto.

P. M. Mateos.—Idem.—Para excitar el deseo, no hay nada como la privación; de aquí que yo piense de distinto modo que usted, y que no me acabe de gustar el cuento.

J. Velasco.—Idem.—La carta no está del todo mal; pero aún le falta bastante para ser publicable. Lo siento, porque me gustan esa clase de trabajos.

A. Gómez.—Idem.—Si aspira usted á que publique sus comedias tiene que trabajar mucho, porque están mal de fondo, de forma y de ortografía.

V. Vila.—Envíe cosas más cortas. El cuento no está mal; pero ya hemos publicado varios con ese mismo asunto. Para obtener la representación es preciso enviar fotografías. Vea usted el número 12.

Mercedes Ratés.—Madrid.—La letra de su carta quedaría imperceptible al hacer el fotograbado. Hágame el favor de hacerla mayor. Para lo otro puede enviar á la Administración cuando guste.

F. Fernández.—Idem.—Los pasatiempos están mal hechos. De los organilleros... peor es meneallo.

José Muñoz.—Idem.—La carta sirve y algunos de los pasatiempos; la miscelánea ya era vieja cuando ocurrió el motín de Aranjuez, por aquello de las capas y los sombreros.

verás compensada de todo lo que sufriste, podre criatura. ¡Oh! Es muy justo. Aquí olvidarás los malos ratos que has pasado; haremos lo posible para hacerte olvidar. Habías quedado sola en el mundo; pues mira, aquí tienes buena compañía, ¡túnes marido, tienes madre y... si quieres, hasta tendrás papa. ¿Te contentas? Luisa quiso hablar, pero no pudo.

—V también nosotros seremos amigos, esto, tomó de la mano al hermano de Luisa y se lo acercó.—¡Seguro! V haremos juntas nuestras caminatas por el campo, y leeremos y escribiremos, y haremos otras muchas cosas, y viviremos alegres, ya verás, y cuando mis piernas digan que no quieren hacer ya su oficio, pediré ayuda á tu brazo, que lo que es á dar una vuelta cita todos los días por estos collados, á eso no renuncio. V estarás mejor aquí que trabajando en la ciudad, sin familia ni

—Quita, quita: ¿qué haces, loquilla? Aparta, mira que viene gente.

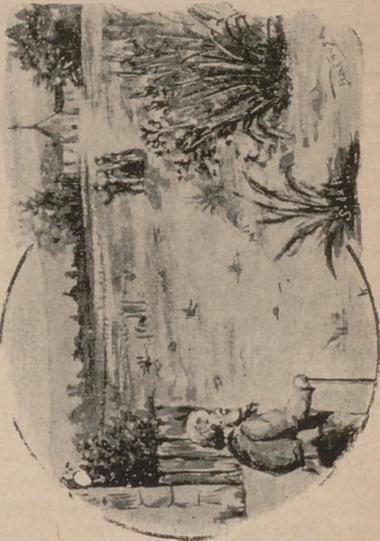
Luisa y César se volvieron, y vieron cuatro cazadores que cruzaban el pequeño prado. Eran los primeros invitados.

—Ya están aquí—exclamó vivamente el coronel, levantándose para salir á su encuentro.—¡Ah! Siento que me quitan veinte años de encima.

Luisa permaneció en el aposento para tranquilizarse un poco, y César salió con el coronel. Los parientes y amigos, que estaban bajo el emparrado, corrieron también al encuentro de los soldados.

—Bien venidos, camaradas—exclamó César estrechando la mano á los cuatro.—Aquí está el señor coronel que os ha convidado.

Los cazadores lo saludaron militarmente, poniendo el rostro grave y manteniendo la mano á la altura de la frente. Él los miró con atención, uno tras



—Digo la verdad; y tú, Luisa, estarás contenta, te lo aseguro, porque conozco á César antes que tú, desde chiquitín, y te

—Señor—exclamaron á la vez marido y mujer, mirándolo con ternura casi compasiva.

—¿qué más puedo desear? Con tal que me hacer tu vida casera tranquila y contenta; á César trabajar con ánimo, y á ti, Luisa, y al reñirme vuestras buenas noches; ven todas las mañanas vuestros buenos días; Pues bien, sepa yo que sois felices, recibid, ¿qué otra cosa puedo hacer á esta edad? á quienes querer, y viviré por vosotros, aquí separado del mundo; no tengo otros tengo parientes, no tengo ya amigos; estoy que la merezco. Comprendido: yo no confianza en mí, porque os estimo y por con un antiguo amigo. Quiero que tengáis en vuestras necesidades, como lo haréis

mi inspección? Basta, pues. Acudid á mi de hacerlas; no vivieris junto á mi y bajo concluyó diciendo—no habia necesidad—Quizás todas estas observaciones—

ción queria cambiar hacia tiempo. nuevas atribuciones de César, cuya situa- habiéndoles de intereses, ó para fijar las se entretuvo buen rato con ellos, quizás los condujo á un cuarto del piso bajo, y nuevos esposos y al hermano de Luisa, unión de los amigos, el coronel llamó á los Poco antes de la hora fijada para la re-

pensamiento aquella imagen secreta. en el mundo, y se levanta más viva en el ce que todo debe estar mañana cambiado alma reptar en su interior *mañana*, y pare- *na*, nuestro corazón se estremece, y el que si alguna de los presentes dice *mañana* viva claridad; aquellos momentos en los cunda, y en torno nuestro aparecer una vnos oscurecerse todo lo que nos cir- mos como si nos alejáramos del mundo, y

enciendo poco á poco hasta que no queda más que una sola que, sin fijarse nunca en la mente, gira á su alrededor, asalta, desaparece, vuelve de improviso y promueve en el corazón súbitas palpitaciones y estremecimientos misteriosos. En medio del general regocijo, sólo aquellas dos frentes parecen de vez en cuando pensativas, y aquellos ojos se buscan y se acechan con una especie de curiosidad infantil, y el uno observa todos los ademanes, todos los movimientos del otro, y las almas se interrogan y se entienden sin hablar, y las palabras tienen para ellos diverso sentido del que es propio, y las sonrisas dicen otra cosa.

Son aquellas horas deliciosas, tantas veces imaginadas, tantas veces soñadas, que nos hacían preguntarnos á nosotros mismos: ¿Qué le diré en aquellos momentos? ¿Cómo me mirará? Las horas en que á medida que el tiempo transcurre, senti-

y tales noches, que casi me desesperaba... vivia así sin esperanza, y pasaba tales días. Padecía frío, y muchas veces hambre... y vivir y no tener ni ropa para mudarme. dre, abandonada de todos; trabajaba para era una pobre muchacha sin padre ni madre, no podía ser verdad... Yo palabras, no sé... pareceme soñar... parté (que quiere que yo le diga? No encuentro voz temblorosa y haciendo un esfuerzo,— Señor coronel—contestó Luisa con la miras de ese modo?)

—¿Y tú, Luisa, qué tienes? ¿Por qué me iba á ahogarse.

Y el chico sollozaba, que parecia que ya; tranquilízate.

viejo que va á ser tu padre. Vamos, basta ven aquí, pobre muchacho; abraza á este ¿Qué quieres decir?... ¡Ah! Comprador: sí, Providencia para todos... ¿Qué tienes? cho; Estabas abandonado; pero hay una protección, te lo prometo. ¡Pobre mucha-

Y después, todo cambia: lo encuentro á él, á César, que me quiere y me protege; va á la guerra, sale salvo, se acuerda de mí; vuelve, dice que se quiere casar conmigo, hace venir á sus parientes, me trae aquí, y todos me obsequian, y encuentro un señor, como usted, que se interesa por mi hermano, y habla de esa manera, y me hace ver un porvenir tan bueno... Y después, todo lo que veo y todo lo que oigo decir de tres días á esta parte... ¿Qué quiere usted que piense yo? Yo no lo sé... Yo no puedo casi creerlo... Es demasiada felicidad toda de una vez... Yo no he hecho nada para merecer todo esto... Yo era una pobre muchacha... ¿Qué quiere... que yo le diga...?

Y echó á llorar.

—Quiero que me digas que eres mi ahijada, y nada más: eso.

—¡Oh! Es demasiado—exclamó Luisa; y se arrojó á besar la mano del coronel.

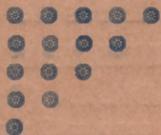


JEROGLÍFICOS por M. Lancho.

D D { Salud.
D D { Bienestar.
D D { Riqueza.
D D { Hermosura.

K nota nota DAD

TRIÁNGULO por E. del Olmo.



1.^a, herramienta; 2.^a, en el volcán; 3.^a, animal;
4.^a, verbo, y 5.^a, vocal.

CHARADA por J. M. Roselló.

Por un camino muy llano,
airosa, gentil y esbelta,
vi pasar el otro día
una *cuarta* con *primera*;
tiraba con noble brío
de un *prima* con *tercera*,
llevando una *prima cuarta*
con un *segunda tercera*;
del contenido de éste
pedí que un poco me dieran,
y al punto en un *cuarta tres*
una parte no pequeña
me dieron que me curó
prima segunda tercera,
pues era aquello un jarabe
bueno para mi dolencia,
que atrapé una noche en *todo*,
que es un pueblo de Valencia.

CUADRADO por M. Moncó.

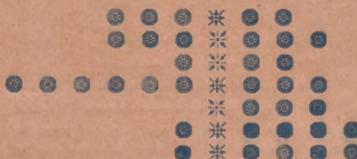


Sustituid los puntos por letras, de modo que se
lea vertical y horizontalmente: 1.^o, cosa necesaria
para dormir; 2.^o, verbo; 3.^o, cómo llaman los pe-
queños á sus madres, y 4.^o, verbo.

JEROGLÍFICO por L. Ordoño.

KKK T 1903-1904

ANAGRAMA por F. Loredó.



Sustituid los puntos y estrellas por letras de
modo que horizontalmente se lean siete salones de
espectáculos, y verticalmente den las estrellas su
nombre general.

TARJETA por C. de Golistea.



Componer con las letras de esta tarjeta el nom-
bre de una popular revista y el sitio donde se pu-
blica.

SOLUCIONES

Al jerooglífico por Mario Lancho: CACATUA.

Al rombo por Carlitos Lefevés:

R
D O S
R O M A N
S A L
N

A la charada por N. Campa: LAREDO.

Al cuadrado por M. Albarrán:

R A T A
A M A R
T A C O
A R O S

Al jerooglífico por E del Olmo: CARDO.

A la tarjeta por N. Campa: GRECIA; ATENAS;
CORINTO.

Al jerooglífico por V. Mas: AVESTRUZ.

A la sustitución por J. Corral:

V E L A
R E M O
L L A M A
R O S A L
R O M A
A D E L A
R E G A R

Al logogrifo numérico por Gil Farrán:

E
O C A
C A E R E
M A R C E L O
A M A R E
C O L
O

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados

y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sagrada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Elementos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.....	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á

25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de ROSA Y AZUL.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajés dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 »
Gergas y estambres..	10 »
Piqué superiores....	8 »
Alpacas elegantes... 15 »	

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PASTILLAS eloro-boro-sódicas —con cocaína— **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiochol-clnamo-vanádico-fosfo-glicérico *********

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, **Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid**